

Parentesco marica¹

Jordy de los Milagros Robles

Este texto surge en medio de la experiencia de aislamiento de personas maricas tras la pandemia de COVID-19. Aquí está recordada parte de nuestra historia: el hecho de que nuestras antecesoras vivieron otras experiencias de pandemia y otras experiencias de aislamiento que les enseñaron a resistir. Este texto es un homenaje a ellas. Su sobrevivencia y su resistencia nos resultan profundamente inspiradoras.

¿En qué se parece la diáspora africana al desamparo de personas LGBT+ en EE. UU. durante la segunda mitad del siglo xx? Un grupo de personas con unas características en común son separadas de lo que podrían llamar su hogar para ser obligadas a ocupar esferas de la vida social profundamente subordinadas y oprimidas.

1 Utilizamos el término 'marica' para agrupar a todas las personas de la diversidad sexogenérica del contexto que presentaremos a continuación.

¿En qué se diferencian? En que, en la diáspora, son los colonizadores quienes separan a estas personas de su comunidad. Las personas LGBT+ fueron separadas por sus propias familias.

In honor to the Legendary House² of Xtravaganza.

En los años ochenta, el mundo enfrentó una de las crisis epidemiológicas más alarmantes del siglo xx. Llamada por la prensa, durante los primeros días, como la ‘peste rosa’ o la inmunodeficiencia relacionada a los gays, el VIH/Sida cobró un sinnúmero de vidas a personas de la diversidad sexogenérica en su epicentro: la ciudad de Nueva York.³

Sumada a esta crisis, muchas personas —principalmente afrodescendientes y latinas— tuvieron que lidiar con el desamparo al que habían sido relegadas por sus familias y comunidades religiosas tras ser descubiertas sus prácticas sexuales o de género no normativas.

La poco conocida y mortal enfermedad, junto con las condiciones de aislamiento social y la criminalidad de los guetos donde estas personas vivían, agudizaba su vulnerabilidad y minimizaba sus posibles formas de sobrevivencia. Por esta razón, no es exagerado afirmar que muchísimas de las maricas de este contexto nacieron y murieron durante la última mitad del siglo xx.

En *La bofetada del amor*,⁴ un texto de Michael Cunningham escrito con la memoria de varias maricas de la épo-

2 De ahora en adelante usaremos este término en su traducción al español (Casa), buscando significar lo mismo que en su contexto originario.

3 Aunque no fueron las únicas víctimas de esta epidemia, ni este fue el único lugar donde se desataron los contagios, sí fueron, junto a los heroinómanos, hemofílicos y haitianos, el grupo poblacional más vulnerado, discriminado y desamparado durante el primer tiempo de la enfermedad.

4 Todas las traducciones fueron realizadas por nosotrxs.

ca, vemos cómo se recuerdan experiencias de abandono que muestran la vida de niñxs criando a sus hermanos recién nacidos, niñxs comiendo basura y durmiendo en las calles, niñxs escapando de sus hogares tras el acoso católico de su familia, etc.

Sus edades circulan entre los 7 y los 13 años y su descubrimiento de la diversidad propia reside en experiencias afectivas con otrxs chicxs, en ponerse una falda por encima de los jeans huyendo en el metro, en maquillarse a escondidas de sus familiares, etc.

Ante este contexto desalentador, ¿cómo lograban sobrevivir estxs niñxs y adolescentes, víctimas de una creciente discriminación y aislamiento social, y cómo lograron llegar con vida hasta la pandemia?

Entre las personas negras en los EE. UU., la familia es vista como una forma primaria de pertenencia cultural y comunitaria. Para pertenecer, se espera que uno se adhiera a las normas de género y sexuales dentro de la familia según lo prescrito por un discurso heteropatriarcal. El heteropatriarcado es central para las nociones de sentido común —conocimiento cotidiano— de la negritud y, por lo tanto, estructura la membresía cultural negra.⁵

Esta comprensión y exigencia de adaptación de las normas de género y sexuales sostiene la vida familiar y comunitaria permitiendo que se justifique el rechazo. Como lo señala Marlon Bailey en *Butch Queens Up in Pumps*, no todas las familias negras rechazan y expulsan a sus parientes LGBTI, pero sí es algo que hacen demasiadas de ellas.⁶

Héctor Crespo aprendió a vivir solo desde los 13 años, a inicios de los 70. Tuvo que encontrar comida en botes de ba-

5 Marlon M. Bailey, *Butch Queens Up in Pumps*, 80.

6 Bailey, *Butch Queens Up in Pumps*, 80.

sura y dormir en edificios abandonados porque era eso o soportar el abuso de su madre y sus hermanos en casa. Aprendió a zafarse de violadores que acechaban en la avenida Christopher del West Village; aprendió a zafarse de las drogas y del suicidio.⁷

A sus veinte años fue adoptado por una madre de 15: Angie Xtravaganza, quien había escapado de casa cuando era un chico de 14, después de una infancia llena de violencia y abusos familiares.⁸ Angie era la madre de una Casa formada por un montón de personas maricas que también estaban sin hogar porque habían sido expulsadas.⁹

La expulsión del hogar de crianza no es solamente una exclusión familiar. Es una exclusión extendida que le obliga a la persona expulsada a ocupar espacios separados de la sociedad, a enfrentarse a la imposibilidad de encontrar un trabajo formal, a un acceso limitado de servicios elementales, a lo precario.

La precariedad es parte de un escarmiento dado por la propia familia. Su renuncia a las normas de género y sexuales que sostienen la pertenencia a su comunidad, su salida de ese sistema es el motivo por el que se le condena a una vida precaria y subordinada.

En este panorama, la alianza de personas maricas en el sistema de tipo familiar llamado Casas, se convierte en una respuesta directa a esa condena. No solo porque logran sobrevivir sino, y más potente aún, porque se sublevan al discurso heteropatriarcal al formar un tipo de familia que supera las barreras sanguíneas de naturaleza, que ignora la jerarquía generacional y que pasa por encima de las prácticas sexuales

7 Michael Cunningham, *La bofetada del amor*.

8 Cunningham, *La bofetada del amor*.

9 Chantal Regnault, *Vaguing and The House Ballroom Scene of New York City 1989-1992*, 32.

y de género con las que este discurso se reproduce y reproduce nuevos sujetos.

El trabajo que falla en hacer la familia, la sociedad y el Estado, las Casas lo asumen con efectividad. Estas personas no solo logran sobrevivir y burlar la estructura heteropatriarcal de reproducción, sino que consiguen crear toda una cultura de modas, desfiles y baile a partir de la reorganización de su abandono.

La Casa de Xtravaganza, según recuerdos de Héctor, se oficializó en 1983 tras competir grupalmente en un desfile ofrecido por la Casa de Omni, en Harlem. Tuvo entre sus padres a Héctor Val, David Padilla, Shady Louis y al mismo Héctor Crespo.¹⁰ Entre sus madres estuvieron Carmen y Angie Xtravaganza.¹¹

El trabajo de estas personas no solo consistía en proveer de un techo y de comida a sus hijxs,¹² sino en realizar labores de cuidado durante todo el ejercicio de parentalidad. Esto es: ofrecer alguna preparación laboral o educativa para el futuro, acompañar a sus hijxs durante sus crisis de salud, acompañarles a morir y hacerse cargo de sus restos.¹³

Héctor vivió 40 años a partir de que fue abandonado por su madre. Desde entonces, aprendió a sobrevivir y se convirtió en padre para enseñar a hacerlo. Contagiado de VIH y presenciando la muerte de una gran cantidad de miembros de su comunidad, participó en la creación de un *Ballroom*¹⁴ que le diera a la gente información y conocimiento para evitar la propagación del virus: el *Latex Ball*.

10 Estamos relatando el contexto inicial de esta cultura. La situación actual de esta Casa y sus integrantes no son ni serán revisados en este texto.

11 Regnault, *Voguing and The House Ballroom*, 33-34.

12 En inglés, children.

13 Regnault, *Voguing and The House Ballroom*, 35.

14 En esta cultura, un *Ball* es un desfile periódico donde se congregan estas personas para celebrar su diversidad mediante prácticas de baile y pasarela.

Rescató y dio acogida a varios hijxs. Pagó la renta de sus amigxs en momentos económicos difíciles e inciertos. Se hizo cargo de 4 urnas crematorias que nadie reclamó y permaneció con una de ellas sin enterrarla. Se tatuó en el cuerpo la firma de sus familiares escogidos, con el propio pulso de estas personas.

Héctor murió de linfoma el 30 de diciembre de 2018 en la ciudad de Nueva York, a la edad de 53 años. Era asmático, diabético, portador del VIH y tenía un tumor en el cerebro. Su legado excede la comunidad a la que perteneció. Enseñó cómo ser un buen padre sin haber tenido uno. Desempeñó un papel fundamental en su época. Encontró una forma de resistir a la pandemia y al aislamiento social mediante una alianza marica que burló los efectos criminales de la ley.